

CASA DON BOSCO

Alcalá, 164 / 28028 MADRID – ESPAÑA



Madrid, 31 de enero de 1995

Queridos Hermanos:

Con los más vivos sentimientos de dolor y de esperanza, y con el gozo que nos da la fe en Jesús el Señor Resucitado, os comunico que nuestro querido Hermano

Sac. Don CELESTINO RIVERA AROCA

fue a la casa del Padre el día 6 de noviembre de 1994, en la ciudad de Sevilla, después de una larga y dolorosa enfermedad.

Aún resuenan las palabras del evangelio de Juan, proclamadas en la Eucaristía celebrada el día de su muerte: *«Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto. El que ama su alma, la pierde; pero el que aborrece su alma en este mundo la guardará para la vida eterna»* (Jn 12, 24-25). Esta Palabra de Dios la hemos visto verificada en D. Celestino, el cual no dudó en perder su vida para ganarla. Y no sólo en su enfermedad, sino desde sus años juveniles de la primera hora, en los que supo entregarse generosamente a Dios en la Congregación Salesiana para seguir a Cristo en pobreza, castidad, obediencia y en la vida de comunión fraterna. Seguidor de Cristo hasta el final de sus días como sacerdote en fidelidad de amor y servicio de la Iglesia. Por eso seguimos oyendo con gozo al Señor: *«Donde yo esté, allí estará también mi servidor»*.

Vocación salesiana

D. Celestino había nacido en Madrid el 19 de septiembre de 1930, hijo mayor de una familia de siete hermanos: Celestino, Rosa, Asunción, Agustín, Antonio, Auxiliadora y Pedro. Sus padres, Agustín y Asunción, se trasladaron a Sevilla después de la Guerra Civil de 1936, pues el padre pertenecía al cuerpo militar. En Sevilla comenzó Celestino sus estudios primarios en el antiguo Colegio salesiano de San Benito de la calle Calatrava, 34, pasando luego a estrenar la casa de Triana.

Poco tiempo estuvo en Triana porque en 1943 marchó como aspirante salesiano a Antequera y a Montilla, donde estudió los primeros cursos de bachillerato. Sintiendo la llamada para la vida salesiana, hizo el Noviciado en San José del Valle (1947-48) y la primera profesión en 1948. Terminados los primeros estudios de Filosofía en Utrera-Consolación, fue destinado a San José del Valle en 1950-52 como profesor y asistente de novicios. Ese mismo año 1952 fue enviado a Italia, a cursar los estudios de Filosofía en el Pontificio Ateneo Salesiano de Turín, coronados con la Licenciatura en Filosofía en 1955. Continuó los estudios de Teología en el mismo Pontificio Ateneo Salesiano de Turín, donde obtuvo la Licenciatura en Teología. Recibió la ordenación sacerdotal en la Basílica de María Auxiliadora de Turín el 11 de febrero de 1960.

Bien preparado con una formación amplia y un denso bagaje cultural, fue destinado como formador de los jóvenes filósofos en San José del Valle como

asistente y catequista de 1960 a 1964. Posteriormente ejerció como profesor de Teología en Sanlúcar la Mayor los dos años 1964-65. Y fue enviado a París, donde se dedicó a la especialidad de Estudios de Catequética, y donde obtuvo la Licenciatura en 1967.

Más tarde, consciente de su grave enfermedad, confiará a uno de sus amigos: *«Verdaderamente la Congregación ha tenido para conmigo delicadezas increíbles. Ahora me pongo en las manos de Dios, y le agradezco el haber cumplido tantos deseos de estudios realizados en mi vida salesiana».*

En 1967-68 volvió a San José del Valle como profesor. Sus jóvenes alumnos salesianos apreciaban sus clases, su claridad de ideas y, sobre todo, su coherencia como sacerdote y profesor.

«Hombre de grandes cualidades, Celestino supo potenciarlas y ponerlas a disposición del Pueblo de Dios y, especialmente, de los jóvenes. Tenía gran capacidad intelectual. Y eso le llevó a adquirir una gran preparación científica y religiosa. Era un profesor de ideas muy claras, muy didáctico, con facilidad para hacerse entender hasta por las personas más sencillas».

Al servicio de sus hermanos

En 1968 fue destinado a Sevilla-Inspección, donde estuvo hasta 1978, diez años en los que desempeñó varios cargos de servicio como Consiliario Inspectorial de Antiguos Alumnos Salesianos (1968-70), Vicario Inspectorial (1972-73), fundador y director del Centro de Estudios Catequéticos.

En los dos años que estuvo como Delegado Inspectorial para los Antiguos Alumnos demostró su entrega pastoral que, más tarde profundizaría como Delegado Nacional, uno de los centros nucleares del sentido salesiano de su vida. También le sirvieron para el conocimiento de la Inspección Salesiana de María Auxiliadora los dos años en que fue el Vicario inspectorial. Le tocaron años muy críticos que vivió con enorme sensibilidad salesiana. Siempre fue un salesiano de relaciones afables y corteses, de exquisitez de trato. Por eso mantuvo en amplios sectores eclesiales muchos y sinceros amigos.

Sin duda, uno de los hitos más importantes de su creatividad apostólica es el de haber fundado, y dirigido en sus primeros años, el Centro de Estudios Catequéticos de Sevilla (CEC). De D. Celestino afirma uno de sus más estre-

chos colaboradores: *«Puso su excelente formación intelectual y pastoral-catequética al servicio del Reino. Sabía muy bien que, desde la catequesis, en cualquier cargo o estructura, hacía Congregación e Iglesia. Su afabilidad no le impidió luchar con una pasión serena y sin doblegarse ante no pequeñas dificultades.*

A través del Centro de Estudios Catequéticos, que él fundó, y de los cargos diocesanos e inspectoriales, nacionales e internacionales, fue pionero, al menos en la Congregación en España, en la preparación sistemática de catequistas, profesores de religión, animadores de grupos de fe y otras modalidades educativo-pastorales. Y siempre estuvo abierto a lo que pudiera ser cauce de mayor eficacia».

«Por los años setenta –escribe un salesiano– hice un Curso de Catequesis con D. Celestino en Granada. Por entonces se dedicaba al CEC. Fue uno de los salesianos que contribuyeron a la elaboración y difusión de las orientaciones de la Conferencia Episcopal Española para el Nuevo Catecismo de Preadolescentes. Recuerdo su dedicación al Curso y a los participantes del mismo y su capacidad de relaciones públicas y de atención con todas las personas».

Por varios años desempeñó el cargo de Vicario de Enseñanza en la Archidiócesis de Sevilla en tiempos del Cardenal José María Bueno Monreal. Supo entregarse con amor a este servicio cumpliendo un papel relevante y reconocido por todos, principalmente por su trato al Clero diocesano, a los profesores de religión y a los demás organismos diocesanos. Supo hacerse amigo de todos mediante su cercanía y su amabilidad salesiana.

Posteriormente fue nombrado Secretario Técnico de Enseñanza de la Asamblea de Obispos del Sur de España. *«Incansable trabajador por el Reino de Cristo»*, lo define Monseñor Antonio Ceballos Atienza, actual Obispo de Cádiz-Ceuta.

De 1978 a 1982 pasó cuatro años en Roma-Casa Generalicia trabajando en el Dicasterio de Pastoral Juvenil. D. Juan Vecchi, el Vicario del Rector Mayor, que lo tuvo durante estos años manifiesta lo válida que fue su colaboración en el trabajo realizado por la Pastoral juvenil en aquellos años de grandes creaciones, y le agradece su cercanía.

«En la Casa Generalicia de Roma –escribe un compañero– dejó un buen recuerdo de hombre atento y de trato exquisito. Esta fue también la impre-

sión de todos los que lo conocieron en esos años, interesándose por todos los que acudían a él». Otro compañero señala: «Supo buscar oportunidades de catequesis a jóvenes universitarios, a jóvenes mayores del Colegio de Cinecittà, conferencias y encuentros».

Inspector

En 1982 el Rector Mayor lo nombra Inspector de Sevilla después de la consulta realizada a la Inspectoría. Son momentos difíciles, pero acepta con generosidad al servicio de la autoridad. Cambia la Casa Inspectorial a la Calle Marqués de Nerviñ para dar mayor funcionalidad al gobierno de la Inspectoría y se rodea de un Consejo de Hermanos que colaboran a su lado en la marcha de la Inspectoría.

Desde los inicios del sexenio intenta consolidar y potenciar las dimensiones que la Inspectoría había logrado gracias a su impulso catequético-pastoral y de apertura a las realidades diocesanas; da vida a la actividad naciente de la animación de grupos y ambientes en las distintas modalidades de la pastoral y de la acción social; se preocupa del crecimiento vocacional de la Inspectoría intensificando los procesos de formación tanto de jóvenes como de salesianos; busca cauces para la formación de seglares comprometidos con la Iglesia y la sociedad, incidiendo, sobre todo, en el mundo de la Enseñanza y en la formación de adultos.

Sabe actuar con los valores personales de la prudencia y del equilibrio. *«Con D. Celestino –escribe un salesiano– podías hablar de todo: sabía guardar la confianza que con él tenías. Sabía orientarte, aconsejarte como amigo. Asimismo, hombre interiormente sacrificado, sabía aceptar las contradicciones y acoger a todos».*

No se arredra ante las dificultades y abre con generosidad la Inspectoría al trabajo misionero en África, compartiendo con la Inspectoría de Córdoba la obra salesiana de Togo, ya iniciada por su predecesor.

De corazón bondadoso, era muy sensible al problema o sufrimiento de los demás; trataba por todos sus medios ayudarles y animarles.

Tanto en el desempeño de su servicio de provincial como en el de los cargos anteriores tuvo oportunidad de relacionarse con muchas personalidades

de la vida eclesial y religiosa. Supo siempre acercarse y ganarse a las personas estrechando con ellas verdaderas amistades y vinculándolas luego a la obra salesiana. Tenía el don de la cercanía.

Así escribe el Cardenal Castillo Lara: *«Estaba ligado a D. Celestino con vínculos de una afectuosa y fraternal amistad, que venía de los años de mi designación a Consejero General para la Pastoral Juvenil. A través de los años, de nuestros fugaces encuentros, pude siempre admirar en Don Celestino una vibrante humanidad, sensible a la amistad y a la fraternidad salesiana.*

Aunque nacido en el centro de la meseta castellana, su manera de ser estaba sellada por la luminosidad de su segunda patria Andalucía, la inmediatez de su acogida, la alegría de su carácter y el optimismo de su hacer cotidiano. Poseía un gran corazón, fiel hasta el sacrificio a su deber y a sus amistades, con un gran amor a su vocación. Expresión de su amor a Don Bosco ha sido su delicada y fecunda labor como Consiliario Nacional de los Antiguos Alumnos».

Terminado su sexenio como Inspector de Sevilla, acepta trabajar como párroco en la iglesia de San Juan Bosco de Triana, donde pasa dos años como pastor cercano a la gente en un barrio tan popular y tan salesiano. Son años en los que muestra su carácter afable, su gran constancia en el trabajo, su capacidad para conectar con las personas, su nueva entrega a los demás y su espíritu de sacrificio.

Delegado Nacional de los Antiguos Alumnos Salesianos

En 1990 es destinado a nuestra comunidad de la Casa Don Bosco de Madrid, con la misión de Delegado Nacional de Antiguos Alumnos. Aquí desarrolla su actividad pastoral los últimos cuatro años de su vida. A esta porción de la Familia Salesiana dedica totalmente su acción y su corazón de salesiano. De mil formas sabe expresar su gran amor al movimiento y a las asociaciones de AA. AA., en los que creía profundamente y a los que dedicó tantas horas de esfuerzo con el cariño, simpatía y optimismo que le caracterizaban.

Apenas comienza su misión, recibe el encargo de traducir el *Nuevo Estatuto Confederal* para España e Hispanoamérica. Y emprende una serie

de actividades que le urgen, sobre todo, cuando prevé que el tiempo le va a venir corto para desarrollar el trabajo previsto:

- Traza el Proyecto-Itinerario del sexenio 1991-97. Es algo que nació de su preocupación por la Federación de Antiguos Alumnos, implicando a los mismos en un mayor compromiso en las asociaciones.
- Impulsa la Revista *Don Bosco en España*. Para ello busca colaboradores, crea un amplio Consejo de Redacción y proyecta difundirla en un abierto abanico de suscriptores.
- Asiste a todos los Consejos Regionales y nacionales, programando un proyecto de itinerario para la animación del Movimiento durante el sexenio 1991-97.
- Elabora los programas de los encuentros con *Grupos Jóvenes* nacionales y europeos (EUROJEX).
- Acude a Roma en diversas ocasiones, llamado a colaborar con la Presidencia Confederal de Antiguos Alumnos Salesianos.
- Asiste, como norma, todos los años a la Semana de Espiritualidad y programa los proyectos de animación de la Junta Nacional.
- Asiste en Roma al Encuentro Mundial de Presidentes y Delegados Nacionales para la elección del nuevo Presidente Confederal. Y está presente en el Eurobosco de Taormina y en los EUROJEX de Fátima y Málaga, éste último preparado a los pocos meses de haber sido intervenido quirúrgicamente.
- Impulsa los encuentros de las Delegaciones Nacionales de Cooperadores, Pastoral Juvenil y Antiguos Alumnos, de Salesianos y Salesianas.
- Es fiel al servicio espiritual de la Junta Nacional, con sus eucaristías y conferencias de los lunes, aun cuando ya casi no podía más.
- Como salesiano de la Comunidad, nunca cesa en su ministerio de animador y director espiritual de la Comunidad de las Hijas de María Auxiliadora de la calle Emilio Ferrari de Madrid. Daba la sensación de que siempre encontraba tiempo para todo.

«Su entusiasmo y amor a Don Bosco son ejemplo vivo para todos los que tuvimos el privilegio de conocerlo y de compartir con él momentos de familia», manifiesta el Inspector de Portugal.

«Personalmente –escribe D. Antonio Martinelli, Consejero General para la Familia Salesiana y para la Comunicación Social– D. Celestino Rivera ha sido compañero mío como estudiante de Filosofía y de Teología en Turín y, posteriormente extraordinario amigo y trabajador en el campo de la Confederación de Antiguos Alumnos. Su presencia y sus intervenciones dieron siempre una gran confianza a todos los que participaban en cualquiera de las reuniones a que asistía y a cuantos disfrutaban de su clara inteligencia. Por ello expreso mi dolor ante su muerte y, conmigo, hacen lo mismo otros miembros del Consejo General que me acompañan, y agradecemos a Dios la vida y los trabajos realizados por D. Celestino».

Así se expresa el Presidente Confederal, Antonio Guillermino Pires: *«Acabo de leer y releer la última revista «Don Bosco en España». ¡Qué emoción! Tengo presente al amigo con la seguridad de que él nos tiene presentes a nosotros en el cielo. D. Celestino «Profeta», nos ha ayudado en el éxito del EUROBOSCO, recientemente celebrado en Portugal».*

D. Antonio Rodríguez Tallón, Consejero General para la Región Ibérica, que se encontraba en Bilbao en una reunión con el Inspector y los Directores de la Inspectoría de San Francisco Javier en los momentos del funeral, envió un fax en el que subrayaba la actividad interinspectorial de D. Celestino, sobre todo, como Delegado Nacional de los Antiguos Alumnos. Se expresaba así: *«D. Celestino pertenece a toda nuestra Región Ibérica y a nuestra Inspectoría de Bilbao. Todos hemos recibido algo de su vida salesiana: no pocos, personalmente; todos, desde su servicio de animación».*

El Buen Dios nos inspira una súplica marcada con caracteres muy específicos en la celebración de esta Pascua de hoy: que broten en nuestra Región las semillas de sentido de Iglesia que motivaron a D. Celestino durante años de servicio a su Diócesis de Sevilla; el compromiso decidido de todos los que quedamos para animar la dimensión seglar de nuestra vocación común, sobre todo, entre los Antiguos Alumnos; su talla de hombre disponible y dispuesto para el servicio a la misión comunitaria, en su Inspectoría y fuera de ella; su talante de presencia ilusionada en el trabajo salesiano; su capacidad de acoger los proyectos de Dios en su vida y en su muerte.

Deseamos cada uno de nosotros marcar estos trazos en nosotros mismos; y los deseamos para nuestras comunidades. Quedan ahí marcando las

señales de un camino de espiritualidad salesiana que estamos necesitando y que gestan una carga animadora del futuro que Dios nos pide para construir con todo su sentido vocacional nuestra Familia Salesiana.

Agradecemos a Dios su vida y su muerte; se las agradecemos a él por su respuesta a Dios; y os lo agradecemos a todos los hermanos de esa Inspección de Sevilla».

Enfermedad y muerte

D. Celestino siempre había dado sensación de hombre fuerte, resistente a todas las enfermedades y achaques. No obstante, a principio de 1993 comenzó a sentir indisposiciones intestinales, que él ocultaba sin darles excesiva importancia. En junio de ese mismo año y en una conversación con un médico de Sevilla se llegó a la conclusión de que era necesario hacerle unos análisis por si se trataba de algo serio. En efecto, era algo muy serio y hubo que acudir a una urgente intervención quirúrgica que se hizo en el mes de julio en Madrid.

La operación sólo sirvió para prolongar un año y unos meses la vida de D. Celestino. A las pocas semanas de la intervención comenzó un año de actividad frenética, a pesar de los condicionamientos posoperatorios, que no fueron motivos de complejo para el desarrollo de su misión. Se diría que estaba totalmente recuperado y que iba a durar mucho tiempo. Los mismos hermanos de comunidad expresaban su asombro ante tantas actividades llevadas adelante sin descanso y sin dejar sus compromisos personales y comunitarios.

En septiembre, después de los breves días de agosto pasados con la familia, comenzó a sentirse mal con fuertes dolores en las piernas. Se resistía a usar cualquier apoyo y se le veía sufrir, aunque sin quejarse. El viernes 16 de septiembre presidió la reunión de los Delegados Inspectoriales para Antiguos Alumnos, quienes notaron su estado de postración e imposibilidad, quedando sumamente impresionados por su espíritu de trabajo y responsabilidad y por su valentía ante el dolor.

El lunes 19 de septiembre celebramos comunitariamente su 64 cumpleaños y el miércoles 21 asistió a la asamblea de la Comunidad para la elaboración del Proyecto Comunitario del curso, en la que expresó sus opiniones con toda

lucidez. El día 5 de octubre el médico nos dio el resultado de sus análisis comunicándonos que no había esperanzas de recuperación y le recetaba unas sesiones de cobalto.

«Nuestro hermano –escribe uno de sus familiares– soportaba con sencillez y entereza su cruel y devastadora enfermedad. Un "inoportuno lumbago" –según él– empezó a mermarle facultades y disponibilidad para sus quehaceres. Los análisis pusieron de manifiesto la verdad de sus dolencias. Tendría que recibir quince sesiones de radioterapia, en la zona lumbar para ver si se le calmaba el dolor. Asimismo había seguido un largo proceso de quimioterapia.

– "Con toda fe e ilusión me someto al tratamiento –dijo– a ver si desaparece este dolor que me impide desarrollar mi trabajo con normalidad".

A partir de entonces, todas las mañanas lo recogía en la calle de Alcalá para llevarlo al Sanatorio San Francisco de Asís a las nueve de la mañana para las sesiones de cobalto. Nunca perdió la esperanza de la recuperación.

– "¡Despacio, despacio!"- me pedía cuando, a pesar de mis cuidados en llevar el coche con suma delicadeza, notaba los rictus de dolor ante el movimiento del vehículo. Entrar y salir del coche suponía una laboriosísima conquista diaria.

No llegó a completar las quince sesiones. El dolor lo dejó postrado en el lecho. Una mañana llegué como siempre, a las nueve menos cuarto. El portero me dijo que no podía levantarse. Subí a su habitación. Una amarga sonrisa asomaba a sus labios como si quisiera ocultarme sus sufrimientos».

«Ojalá pudieran calmarme este intenso dolor para poder seguir trabajando», solía decir a cuantos lo visitaban. Pero D. Celestino ya tenía bastante con sus sufrimientos personales. Recibió la visita del señor Inspector de Madrid y el Director de la Casa puso un fax al Consejero Regional, que se hallaba en Senegal, comunicándole el estado del enfermo a fin de exonerarlo de su responsabilidad y nombrarle un sustituto. Sólo así quedó tranquilo.

Recordamos las palabras de Don Bosco: *«Cuando un salesiano muere trabajando por las almas, la Congregación alcanza un gran triunfo»*. Vinieron a visitarlo el Sr. Inspector de Sevilla y su Vicario, quienes ofrecieron a D. Celestino la Casa Inspectorial para cuando quisiera ir. Allí encontraría la facilidad y las atenciones de médicos amigos y donde podría estar más cerca de

la mayoría de sus hermanos. Agradecemos a la Inspección de Sevilla una acogida tan generosa.

El día siete de octubre recibió la visita de varios de sus hermanos, quienes acordaron fuera a Sevilla para internarlo en el Hospital San Juan de Dios. Y el día 11 despedíamos a D. Celestino que iba a Sevilla en un estado muy grave, acompañado de un salesiano de la Comunidad. Hubo que llevarlo a la estación en un carrito de ruedas.

Veintiséis días estuvo en el Hospital San Juan de Dios. La enfermedad fue minando su organismo aceleradamente. Pero fueron días en los que mostró la profundidad de su vida espiritual y salesiana. Su lecho de enfermo se transformó en una cátedra de espiritualidad. Aceptó el dolor y ofreció su vida a Dios con generosidad.

Al Sr. Inspector de Sevilla le confió: *«Soy como una humanidad complementaria de Cristo: completo en mi carne los sufrimientos de su pasión»*. Una de sus hermanas escribe: *«Le gustaba verse rodeado de la familia y entretenerse con los pequeños. Siempre tuvo buen carácter y nunca desapareció la sonrisa de su rostro, a pesar de sus dolores. Nosotros nos esforzábamos para que nunca nos viera tristes, por eso, a mi hermana y a mí nos llamaba «las animadoras»; aunque luego tuviéramos que salir al pasillo a recoger fuerzas»*.

Su mayor preocupación era María Auxiliadora: a todo el mundo le hablaba de Ella y nadie se iba de su lado sin algún recuerdo mariano, alguna estampa o almanaque.

Recibía a gusto la visita de los jóvenes: *«Nunca cerréis la puerta a los jóvenes –nos dijo–; eso no se puede hacer»*. Y añadió que dejáramos pasar a todos los que fueran a verlo, aunque estuviera descansando.

Pocos días antes de su muerte escribió una carta al Consejo Regional de Sevilla de Antiguos Alumnos, una especie de testamento espiritual, escrita con propia mano, en la que, entre otras cosas, les decía: *«Sabéis que todas mis fuerzas serán para vosotros y que mi enfermedad será una forma de acompañaros en vuestro camino y de sentirme acompañado en el mío por vosotros, aunque haya de quedarme atrás.... No olvidéis que la mejor revista «Don Bosco en España» sois vosotros, que la lleváis cada día a vuestra familia, a vuestro trabajo y a la sociedad en que vivimos...»*

«El día en que recibió la Unción de los Enfermos –sigue escribiendo su hermana– fue para él una fiesta muy hermosa. Quiso que estuviéramos todos los hermanos. Estaban presentes el Sr. Inspector de Sevilla, el Vicario de la Inspectoría y el Vicario de la Casa Don Bosco de Madrid. Recibió la unción con gran fervor. El domingo, día 6 de noviembre, al llegar por la mañana me acerqué a saludarlo y vi que tenía el escapulario del Carmen. Se lo había puesto sor María, la enfermera que lo cuidaba. Y así murió, invocando a la Virgen. Se le oía murmurar “María Auxiliadora” y “Ella”».

Fue a la casa del Padre hacia las 12 del domingo 6 de noviembre de 1994. Había cumplido 64 años de edad, 46 de profesión salesiana y 34 de sacerdocio.

Breve semblanza

Por lo que realizó en vida podemos acercarnos a la identidad del hombre para entrever algo de su personalidad. ¿Quién era y cómo era D. Celestino? Nos atrevemos a entrar en su santuario interior, que él ocultaba con tanta sabiduría y modestia. Era un hombre de interioridad y no gustaba de exhibiciones externas. Pero sí podemos destacar algunos rasgos de su vida coherente en su palabra y su obra, en su fe y su acción. Un hombre de una personalidad bien definida; y un sacerdote salesiano de fe con gran sentido de lo sobrenatural, al estilo de San Juan Bosco.

Primero, D. Celestino fue un hombre de *inteligencia lúcida* con claridad de ideas. Entre sus apuntes no se ha encontrado ningún escrito de tipo personal, pero sí muchos esquemas. Era un hombre de esquemas que sabía desarrollarlos de palabra y de obra; que sabía proyectarlos en sus conferencias, en su acción apostólica y en sus convicciones inquebrantables e insobornables. Esta inteligencia, iluminada por la fe, dirigía su vida con su criterio sumamente equilibrado. Por su capacidad de discernimiento tuvo bastantes cargos de responsabilidad en la Inspectoría: Consejero Inspectorial, Vicario Inspectorial e Inspector.

Era muy apreciado en la Familia salesiana por sus conferencias y retiros, Constante en la dirección espiritual de una de las comunidades de Hijas de María Auxiliadora de Madrid. «Las Hijas de María Auxiliadora le estamos muy agradecidas, escribe la Inspectora de León, pues siempre encontramos en él

un hermano dispuesto a ayudarnos hasta en la última etapa de su vida». Por otra parte, siempre se preocupó de estar al día en sus estudios de Catequética y de Espiritualidad, cosa que evidenciaba en las reuniones comunitarias de Formación Permanente. Asimismo había logrado un conocimiento notable en la Informática, y estaba dispuesto a enseñar y a resolver las dificultades de los hermanos que trabajaban con estos medios modernos.

En segundo lugar, era un hombre de una *delicadeza admirable*, demostrada en muchos matices de su vida personal y comunitaria. Con esa finura netamente salesiana sabía ganarse el corazón de las personas, niños, jóvenes y adultos. Una delicadeza basada en un temperamento quizás tímido, pero con la conciencia de saber respetar a todos y de llegar a todas partes como portador de paz. «Personalmente, escribe un salesiano de su Comunidad, me dejó esta imagen de hombre educado y correcto aun cuando debía opinar en contra del pensamiento de otro hermano en reuniones comunitarias. Esta educación le hacía sobrellevar por dentro con entereza y serenidad el dolor y las pruebas en las últimas semanas de su enfermedad. Siempre tenía miedo de molestar. Sabía sufrir en silencio. No sabemos hasta qué altura llegó el nivel de su caudal de sufrimiento en una enfermedad tan cruel como la que lo deshiizo en pocos días». Otro hermano añade: *«Nos deja el testimonio impagable de su sentido de la acogida, de su afecto y sonrisa salesiana y de su entrega al trabajo»*.

En tercer lugar, su *salesianidad*. Su estilo de ser salesiano lo reflejaba en su amor a la Virgen Auxiliadora y a San Juan Bosco. La invocación constante a María Auxiliadora en sus últimos momentos provenía de un hábito a lo largo de su vida salesiana y recordaba con frecuencia que había recibido la ordenación sacerdotal en la fiesta de la Virgen de Lourdes. Igualmente sabía inculcar, a tiempo y a destiempo, el amor a Don Bosco en los Antiguos Alumnos. Fue un entusiasta convencido de la Familia Salesiana y propugnó con ahínco la acción conjunta entre todas sus ramas.

Por último, D. Celestino era *hombre de Iglesia*. Tenía una fe profunda en Dios, en la Iglesia y en el hombre. Recuerdo el día en que iba a ponerse en manos del médico para la operación quirúrgica. Me suplicó: *«Nosotros hemos de dar ejemplo en la práctica de los sacramentos. Por eso, antes de ir al cirujano, quiero recibir la unción de los enfermos»*. Y la recibió con un fervor y

una sencillez admirables. El sentido de Iglesia lo llevaba en la sangre, vivido a lo largo de varios años en la archidiócesis de Sevilla como vicario episcopal, y en sus años de Roma. Seguía a través de las revistas los acontecimientos eclesiales y se relacionaba con amigos del clero secular y religioso.

Quiero terminar esta breve semblanza con las palabras del Rector Mayor: «Recibo la noticia de la muerte del querido D. Celestino Rivera. Aunque no inesperada, me resulta muy dolorosa. Aquí en la Casa Generalicia lo consideraremos todavía como uno de los miembros activos. Mis pésames a la Inspectoría de Sevilla y a toda la España salesiana, pues a la nación entera llegaba la actividad de un hermano tan apreciado».

Sus restos fueron trasladados al Centro de Estudios Catequéticos donde se instaló la capilla ardiente para ser velado por sus hermanos salesianos y familiares. Por ella desfilaron amigos y conocidos. Las exequias se celebraron al día siguiente en el Santuario de María Auxiliadora de Sevilla-Trinidad. Presidió la liturgia el Arzobispo de Sevilla, Mons. Carlos Amigo, acompañado del Arzobispo de Mérida-Badajoz, Mons. Antonio Montero, de los Obispos de Huelva y Jerez de la Frontera y una cantidad innumerable del clero andaluz, de sacerdotes salesianos de Madrid, Córdoba y Sevilla y de miembros de la Familia Salesiana. Pronunció la homilía D. Cipriano González Gil, Inspector de los Salesianos de Sevilla.

El señor Arzobispo de Sevilla, al terminar el funeral, se expresó diciendo: *«Felicitó a los Salesianos por haber dado a la Iglesia y a la Congregación una figura de la categoría de Celestino. Esto es motivo de gozo y de consuelo, que mitiga el dolor ante una pérdida tan irreparable».*

También nosotros, desde estas páginas, damos gracias a Dios por el don de la vida de nuestro Hermano Celestino. Le agradecemos:

- * Su cercanía y su amistad.
- * Su entrega generosa e ilusionada a la misión que se le encomendó:
 - en el campo de la Catequética,
 - en el servicio a los Hermanos,
 - en su dedicación a los Antiguos Alumnos.
- * Y su ejemplo de fidelidad y de amor a María Auxiliadora y a Don Bosco.

Al mismo tiempo, expresamos nuestra gratitud:

- Al señor Arzobispo de Sevilla, al señor Arzobispo de Mérida-Badajoz, a los señores Obispos de Huelva y Jerez y a tantos sacerdotes de diversas diócesis, por su testimonio de presencia, de cercanía y de amistad a D. Celestino y a la Congregación Salesiana.
- A la Inspectoría de María Auxiliadora de Sevilla, por la generosa acogida y el cariño con que lo trató, sobre todo, en los últimos días de su enfermedad.
- A los Inspectores de Córdoba y de Madrid y a las hijas de María Auxiliadora, por su cercanía y su interés.
- A los Antiguos Alumnos, con su Presidente Nacional, por su afecto y su presencia continua.
- A los hermanos y hermanas, sobrinos y familiares, que con tanto amor han estado a su lado, rodeándolo de cariño y dándonos ejemplo de unión entre ellos.
- A los Hermanos de San Juan de Dios, al médico cirujano y demás médicos que lo han atendido con tanta solicitud, a las Religiosas de la Clínica por sus atenciones y a las enfermeras, que lo han tratado con tanta delicadeza y entrega.

Por la Comunidad de la Casa de Don Bosco ha soplado una brisa de amor desde todos los rincones de España interesándose por nuestro Hermano Celestino. Gracias a todos.

Termino esta carta pidiendo al Dueño de la mies y a la Virgen Auxiliadora que envíen a la Congregación Salesiana nuevas vocaciones de la calidad de nuestro Hermano Celestino.

En nombre de la Comunidad de esta Casa Don Bosco de Madrid, vuestro afmo. hermano en Don Bosco,



Rafael Alfaro
Director



Datos para el Necrologio:

Sacerdote **CELESTINO RIVERA AROCA**, nacido en Madrid el 19 de septiembre de 1930. Muerto en Sevilla el 6 de noviembre de 1994, a los 64 años de edad, 46 de profesión salesiana y 34 de sacerdocio. Fue por seis años Inspector.